

Pierre Clastres

ARQUEOLOGÍA DE LA VIOLENCIA
LA GUERRA EN LAS SOCIEDADES PRIMITIVAS

(fragmento)

Detengámonos a considerar la abundante literatura etnográfica que desde hace algunas décadas se ocupa de describir las sociedades primitivas, de comprender cómo funcionan: si (muy pocas veces) presta atención a la violencia, lo hace ante todo para mostrar hasta qué punto esas sociedades se aplican en su control, codificación, ritualización; en suma, cómo tienden a reducirla, si no a abolirla. Se cita a la violencia, pero para mostrar –más que nada– el horror que ésta inspira a las sociedades primitivas; para confirmar que a fin de cuentas son sociedades contrarias a la violencia. No causará demasiada sorpresa, entonces, constatar que en el ámbito de las investigaciones de la etnografía contemporánea casi no se hace presente una reflexión general acerca de la violencia en su forma a la vez más brutal y más colectiva, más pura y más social: la guerra. Si nos limitamos, entonces, al discurso etnológico o, con mayor precisión, a la inexistencia de un discurso de ese tipo respecto de la guerra primitiva, el lector curioso o el investigador en ciencias sociales deducirá con plena justicia que (si se exceptúan las anécdotas secundarias) en el horizonte de la vida social de los Salvajes ni siquiera figura la violencia, que el ser social primitivo se despliega por fuera del conflicto armado, que la guerra no pertenece al funcionamiento normal, habitual de las sociedades primitivas. Se excluye, por tanto, del discurso de la etnología a la guerra; puede pensarse la sociedad primitiva sin pensar al mismo tiempo la guerra. Evidentemente, el problema es saber si ese discurso científico enuncia la verdad sobre el tipo de sociedad que aborda: propongámonos desoírlo un momento para volvernos hacia la realidad de la que habla.

Como se sabe, el descubrimiento de América brindó a Occidente la oportunidad de un encuentro directo con aquellos que desde ese entonces habrían de ser llamados Salvajes. Por primera vez los europeos experimentaban la confrontación con un tipo de sociedad radicalmente distinto a todo lo conocido por ellos hasta ese momento; debían pensar una realidad social que no podía ocupar un lugar en su representación tradicional del ser social: en otras palabras, para el pensamiento europeo el mundo de los Salvajes era literalmente

impensable. No es éste el lugar para analizar en detalle los motivos de esa verdadera imposibilidad epistemológica: aquéllos se remiten a la certeza, coextensiva a toda la historia de la civilización occidental, acerca de qué es y qué debe ser la sociedad humana; certeza expresada desde el alba griega del pensamiento europeo de lo político, de la *polis*, en la obra fragmentaria de Heráclito. Más específicamente, que la representación de la sociedad en cuanto tal debe encarnarse en una figura de lo Uno exterior a la sociedad, en una disposición jerárquica del espacio político, en la función de mando del jefe, rey o déspota: no hay sociedad, a menos que esté bajo el signo de su división en señores y subordinados. Como resultado de esa concepción de lo social, no se podría considerar sociedad a un grupo humano que no presente el rasgo de su división. Ahora bien, ¿a quién vieron aparecer sobre las costas del Atlántico los descubridores del Nuevo Mundo? “Gentes sin fe, sin ley, sin rey”, según los cronistas del siglo XVI. Se sobreentendía el motivo: esos hombres en estado de naturaleza todavía no habían tenido siquiera acceso al estado de sociedad. Unanimidad casi perfecta, sólo quebrada por las voces discordantes de Montaigne y La Boétie, en ese juicio acerca de los indios del Brasil.

Pero, por el contrario, la unanimidad era irrestricta cuando el asunto consistía en describir las costumbres de los Salvajes. Desde el siglo XVI hasta el (reciente) final de la conquista del mundo, todos – exploradores o misioneros, mercaderes o viajeros eruditos– coinciden en un punto: ya sean americanos (de Alaska a Tierra del Fuego) o africanos, de las estepas siberianas o de las islas melanesias, nómades de los desiertos australianos o agricultores sedentarios de las junglas de Nueva Guinea, los pueblos primitivos siempre son presentados como apasionadamente entregados a la guerra; su carácter especialmente belicoso impresiona, sin excepción, a los observadores europeos. Del enorme acervo documental reunido en crónicas, relatos de viaje, informes de sacerdotes y pastores, militares o traficantes surge – incontestada, primigenia– la imagen más evidente que ofrece, en un comienzo, la infinita diversidad de culturas descritas: la del guerrero. Imagen tan dominante como para inducir a una constatación sociológica: las sociedades primitivas son sociedades violentas, su ser social es un *ser-para-la-guerra*.

No es otra la impresión dejada en testigos directos, en todos los casos, en todos los climas y en el transcurso de muchos siglos: muchos de ellos compartieron durante largos años la vida de las tribus indígenas. Compilar una antología con esos pareceres relativos a poblaciones de parajes y épocas tan diferentes sería igualmente fácil e inútil. Casi siempre se juzga severamente la disposición agresiva del ánimo de los Salvajes. ¿Cómo cristianizar, civilizar, convencer de las virtudes del trabajo y del comercio a personas fundamentalmente

preocupadas por hacer la guerra a sus vecinos, vengar las derrotas o celebrar las victorias? De hecho, a mediados del siglo XVI la opinión de los misioneros franceses o portugueses sobre los indios tupí del litoral brasileño anticipa y condensa todos los razonamientos que le seguirán: según ellos, de no ser por la incesante guerra que llevan adelante esas tribus, unas contra otras, la región estaría superpoblada. Lo primero en capturar la atención de los teóricos de la sociedad es la aparente prevalencia de la guerra en la vida de los pueblos primitivos. En el estado de Sociedad que, conforme a su visión, es la sociedad de Estado, Thomas Hobbes opone la figura no real sino lógica del hombre en su *condición natural*, de un estado de los hombres antes de vivir en sociedad, esto es, “bajo un poder común que tiene a todos a su merced”. Pero ¿cuál es el rasgo distintivo de la condición natural de los hombres? La “guerra de todos contra todos”. Sin embargo, alguien podrá decir que esa guerra que opone unos contra otros a hombres abstractos, inventados para colmar las necesidades de la causa defendida por el pensador del Estado civil, esa guerra imaginaria no tiene incidencia alguna en la realidad empírica, etnográfica de la guerra dentro de la sociedad primitiva. Acaso sea así. Pero eso no impide que el propio Hobbes crea que puede ilustrar lo fundado de su deducción con una referencia explícita a una realidad concreta: la condición natural del hombre no es tanto la construcción abstracta de un filósofo como, antes bien, la suerte efectiva, observable, de un hombre redescubierto. “Acaso se piense que nunca existió un tiempo como ése, ni un estado de guerra de esa índole. Efectivamente, creo que, de un modo general, nunca fue así en sitio alguno del planeta. Pero en la actualidad hay gran cantidad de comarcas donde los hombres viven así. De hecho, en no pocos parajes de América, los salvajes, a excepción de pequeñas familias cuya concordia depende de la concupiscencia natural, no tienen gobierno alguno, y en estos días viven de la manera casi animal que antes mencioné.”¹ No causará excepcional sorpresa el punto de vista despreocupadamente peyorativo de Hobbes respecto de los Salvajes; en ello se perciben lugares comunes de su tiempo – rechazados, no obstante, por Montaigne y La Boétie—: una sociedad sin gobierno, sin Estado, no es sociedad; por ende, los Salvajes quedan fuera de lo social, viven en la condición natural de los hombres, en cuyo seno impera la guerra de todos contra todos. Hobbes no ignoraba la intensa belicosidad de los indios americanos; por eso veía en sus guerras efectivamente realizadas la clamorosa confirmación de su certeza: la ausencia de Estado permite la generalización de la guerra y torna imposible instaurar la sociedad.

¹ Hobbes, *Leviatán*, París, Sitey, p. 125 [trad. esp.: *Leviatán*, México, FCE, 1980].